

que desbordar ampliamente el corto espacio a que tiene que ceñirse esta nota. Bastará decir que el bable de occidente ya cuenta con el estudio que necesitaba.—J. P. V.

COSERIU (EUGENIO): *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Publ. de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo 1958, 164 páginas en 4.º

El Prof. Coseriu, ya bien conocido por anteriores trabajos, entre los que sobresalen *La geografía lingüística* (1956) y *Logicismo y antilogicismo en la gramática* (1957), se ocupa en éste de uno de los temas lingüísticos más en boga en los últimos tiempos: el de la antinomia de la sincronía y la diacronía.

Y como corresponde a quien a estas alturas toma postura en tan prolongada discusión, se declara contrario al reconocimiento de la existencia de un abismo entre esos dos procedimientos saussureanos. Considera que la antinomia no pertenece al plano del objeto, sino al plano del investigador. La descripción y la historia no son excluyentes desde el punto de vista del objeto; son excluyentes como *operaciones*, es decir, que son *operaciones distintas*. Lo que no se puede hacer es imaginar la lengua —dice— al mismo tiempo como detenida y no detenida.

Recordando una distinción aristotélica, considera que una lengua se puede estudiar como actividad en sí misma, como actividad en potencia y como actividad realizada en sus productos, con lo que se tendrán tres modos de considerar la misma realidad, no tres realidades distintas.

Coseriu se plantea el problema del cambio, no en términos causales, sino en términos finales. La lengua pertenece al orden de hechos que se determinan por su función, y necesita cambiar para seguir funcionando. El latín de Cicerón ha dejado de funcionar como lengua histórica, justamente por haber dejado de cambiar, y en este sentido es una lengua muerta.

El problema de la mutabilidad de las lenguas se vuelve ilegítimo, a juicio de Coseriu, si se plantea en términos causalistas, de necesidad exterior y no como el problema de una característica esencial y necesaria de la lengua. En este sentido, no se trata de un problema «a resolver», sino de un problema implícitamente resuelto por la misma comprensión del ser real de la lengua. La lengua cambia justamente porque *no está hecha*, sino que *se hace* continuamente por la actividad lingüística.

Estudiar los cambios no significa estudiar «alteraciones» o «desviaciones», sino, al contrario, estudiar el consolidarse de tradiciones lingüísticas, o sea, el *hacerse* mismo de las lenguas.

El cambio real (la lengua que se hace concretamente) no se puede justificar desde el punto de vista de la lengua abstracta; más bien ésta se puede justificar por aquél. Un «estado de lengua en proyección sincrónica no es la lengua, sino un corte transversal en la lengua que se continúa históricamente».

Después de plantear de este modo el problema universal del cambio lingüístico (es decir, de la mutabilidad de las lenguas), Coseriu examina el problema general de los cambios, esto es, aquel que se plantea luego de haber reconocido que el cambiar es intrínseco al modo de existir de la lengua.

Y con respecto a este problema, califica de *sistemáticos* y *extrasistemáticos* los factores determinantes de los cambios. Considera sistemático todo aquello que pertenece a las realizaciones normales de una lengua, a su sistema funcional y normal; y extrasistemático, todo aquello que se refiere a la variedad del saber lingüístico en

una comunidad hablante y al grado de este saber, o sea, al vigor de la tradición lingüística.

A continuación se expone el cambio lingüístico como problema histórico, cuya solución depende del conocimiento de las condiciones históricas (sistemáticas y extra-sistemáticas) de la lengua considerada y del momento particular en que se la considera. Este tercer problema del cambio lingüístico y el segundo son problemas interdependientes y se aclaran recíprocamente.

Contra los causalistas y fisicistas, recuerda el autor que, siendo funcionales y culturales las explicaciones de los cambios, deben quedar fuera del campo de las ciencias físicas, a que han pretendido reducirlos los positivistas. Uno es «el mundo de la necesidad», y otro, muy distinto, «el mundo de la libertad». Los postulados y métodos de las ciencias de la naturaleza no son aplicables a los objetos culturales, puesto que en éstos lo exacto, lo positivo, lo que efectivamente se da y se comprueba, son la libertad y la intencionalidad, la invención, la creación y la adopción libres, motivadas sólo finalísticamente.

Como resumen de toda la apretada doctrina expuesta a lo largo de este interesante estudio, se trata al final de superar en sus mismas raíces la antinomia sincronía y diacronía. Y, después de volver a examinar con tal fin los textos de Saussure, se llega a la conclusión de que la superación efectiva de la antinomia, en el plano de la investigación de las lenguas, se da sólo en la *Historia*, «pues sólo la Historia ve los hechos en su hacerse» y abarca en una visión única tanto el hacerse como el funcionar, o en términos saussureanos, tanto las «sucesiones» como los «estados».—J. P. V.

MADUEÑO (RAÚL R.): *Ampliación y corrección de un léxico*. Buenos Aires 1958, 61 páginas en 8.º

El léxico que se amplía y corrige en el presente trabajo es, como se supondrá, el *Léxico de la borrachera* (1953), de que se dió cuenta en esta REVISTA, y que el autor había ampliado en *Más voces para un léxico*.

En esta nueva edición que ahora nos llega, el número de expresiones relacionadas con la embriaguez se ha elevado hasta cerca del millar, y muchas de ellas aparecen con la importante novedad de estar autorizadas con citas de escritores españoles e hispano-americanos. Además, en algunos casos, se dan las formas empleadas en Portugal y en Brasil.

Resulta, pues, ya este vocabulario, por el número de sus voces y por el área a que se extiende, de muy subido interés lingüístico.—J. P. V.

CASTRO PIRES DE LIMA (FERNANDO): *A caixa mágica e outros contos para crianças*. Adaptados de la tradición popular por... Prefacio de Walter Anderson. Oporto, s. a. 129 págs. en 8.º

Este libro, como se indica claramente en la portada, es un libro para niños. Un bello libro, pulcro, alegre, de buen gusto en todos sus elementos: composición de gruesos tipos, que pierden su negrura con un conveniente espaciado; finos dibujos, delicadas láminas. Quien ha dirigido la edición sabe perfectamente que a los niños, tanto o más que con explicaciones y amonestaciones, se les puede y debe educar por la influencia y trato de lo bello y lo bueno.

Pero, además, los cuentos que contiene este libro no son cuentos ñoños, insípidos,